

LAS DOS MUERTES DE SALVADOR BUENDÍA

MARIANO MECERREYES

algaida



Primera edición: 2013

© Mariano Mecerreyes Jiménez, 2013

© Algaida Editores, 2013

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-544-0

Depósito legal: Se-522-2013

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

La bicicleta 15

LIBRO PRIMERO

La rata 21

El retrato de Severino 33

Los zapatos del abuelo. 46

Los Doce Césares. 49

El juez y la serpiente 67

El Marqués. 74

Cuentos para adultos 91

El vuelo de Ángel. 105

El polizón y la Biblia 108

Ayudar al hermano necesitado 123

LIBRO SEGUNDO

El capitán y su familia 135

Un abanico para Isabel 141

La matanza. 157

Cartas de amor y agua bendita 183

Un cuchillo y un ruego 199

Las criaturas de la noche 207

Dos tazas de caldo	212
El regalo del suegro	223
El mancebo y los espíritus	241
Un accidente, a todos los efectos.	255
Diversas clases de mentiras	266
Los trabajos de don Santiago	274
Tres firmas	280
Las visiones de Antoñito	284

LIBRO TERCERO

La playa de Ixdain	297
Placebos	309
La Dientes	324
Lentejas y toros	338
El retrato de Tiburcio Bartual.	356
Entre la espada y la pared	369
El detalle de Boni Quiñones	385
Las tripas del dragón	406

LIBRO CUARTO

Unas partidas al giley	415
El estilo de Amador	432
Palabra de caballero.	446
El plan de Salva	459
La montaña de los gatos	472
Pluma de Acero	482
Calígula.	494

El serrucho de Satanás.	501
La suerte de Eliseo.	512
Comida para tres	528
El abrazo	544
El destino del Marqués	548
Felices para siempre.	550
Estricnina, cianuro, ricina...	551
La señora Victoria y el inspector	553
La fiesta	555
El caos	566
Historias del pasado.	572
La vida sigue.	576
Agradecimientos	578
Nota final	582

*A mi madre, Ángela Jiménez, y a mi
hermano, José Benito Mecerreyes*

*Te quiero porque nunca sabes cuándo voy a llegar
y, sin embargo, siempre me estás esperando.*

FULGENCIO ARGÜELLES en *El palacio azul
de los ingenieros belgas*

LA BICICLETA

SALVADOR BUENDÍA, SALVA, NO SABÍA QUE IBA A MORIR LA tarde-noche del 21 de septiembre de 1942, justo el día que cumplió diez años. Salva vivió lo suficiente para comprender que su sueño de tener una bicicleta dependía, principalmente, de las finanzas de Nicanor y Tomasita, y no del caprichoso milagro de los Magos de Oriente. Su carta, tantas veces escrita y recordada, nunca fue atendida. Se excusó la entrega del regalo por resultar demasiado pesado para los camellos; así se explicaban los Reyes por boca de sus contactos familiares. Cuando la magia se sustituyó por el conocimiento que le dieron el uso de razón y los malvados y canijos amigos, la súplica, el tostón de su obsesiva demanda, se aplacaba, a duras penas, por Nicanor, que ganaba tiempo invocando plazos lejanos. Salva quería una bicicleta con bonitos cromados, con guardabarros aerodinámicos y con timbre. Si tuviese un espejo retrovisor, sería el no va más. El color debería ser rojo, como el de su pelo tieso, para que a su paso relampaguease igual que la llamarada ardiente de un dragón enfurecido. El sillín sería de cuero y de sus muelles colgaría bamboleante una cajita para guardar las herramientas, una delicada alforja llena de artilu-

gios nuevos y exquisitos, tan valiosos que para eso la hacían con cerradura. Así sería la bicicleta de Salva y con ella competiría con sus amigos en la chopera del Retiro, eso sí, en calidad de propietario. No tendría que devolverla rápidamente a quien solo le dejó andar con ella unos metros, ni padecería con la hora una vez venciese el odioso tiempo del alquiler. Sería el amo del Retiro. Iría, veloz, de un sitio a otro, levantando polvo en verano, sintiendo en invierno el crujir duro de la arenilla helada. Cada noche, su bicicleta roja ocuparía sus horas de sueño. Así lo decidió. Tal anhelo prolongaba su vigilia y le robaba las primeras palabras de su ansioso despertar, pues jamás consiguió soñar con ella. En un rincón de su mente al que no podía llegar, se escondía su deseo, al tiempo que el sol. Entre tanto, Salva repetía las cuentas de su rosario de ilusión infantil: «Me portaré bien, seré bueno, sacaré buenas notas».

En aquellas fechas, los niños nerviosos eran aplacados a gritos y bofetones. No se estilaban el diálogo ni la terapia, menos aún el remedio farmacológico. Salva no pudo culpar de su muerte a un médico confiado e incompetente, tampoco a un altivo alquimista, inventor a su pesar de un tónico mortal. No fueron la miseria ni la ira quienes acabaron con él, sino la codicia y la refinada maldad de su asesino. Lo cierto fue que Salva murió dos veces para las personas que lo mataron; ese fue su trágico mérito y, quizás por ello, su doble muerte, la que le impidió convertirse en Salvador para todos, excepto para sus padres, fue la encrucijada de muchos caminos que se suponían paralelos. Personas desconocidas se conocieron; algunas vieron sus secretos descubiertos.

La muerte de Salva no hizo que el mundo dejase de girar. No impidió que la humanidad, anónima y extraña al sufrimiento atroz de algunos, siguiese a lo suyo. La ignorancia de la muerte ajena a nadie librará de la suya propia, pero consuela

y alegra a quien cree que el libro de su existencia tiene un final distinto. Unos lo llaman azar, otros, destino, otros, Providencia, muchos, mala suerte y algunos, los más resignados, se limitan a suspirar sin pararse a buscar un nombre a esos sucesos tremendos que esculpen nuestras almas en vez de torneirlas con la caricia constante del alfarero.

A Salva, el destino lo alcanzó antes de tiempo. En concreto, un día después de que, al fin, soñase con su bicicleta.

LIBRO PRIMERO

LA RATA

ANA LLEGÓ A SU PUESTO POCO ANTES DE LAS NUEVE DE LA mañana. La puntualidad era en el taller virtud y obligación. Las próximas corridas asomaban ya por el calendario. Ello renovaba el ímpetu del maestro, cuya talla corta y perfil orondo se completaban con un pulcro bigotillo, con el cabello negro asentado con fijador y con un traje cruzado gris marengo. Débil, de espíritu nervioso, era exigente con todos, también consigo mismo. Queriendo no hacer perder el tiempo a los demás por su torpeza o lentitud, se mostraba en esos trances torpe y lento.

Un brevísimo saludo y Ana ocupó su lugar ante la gran mesa de trabajo. Era de madera; rectangular y castigada, así como los bancos corridos sin respaldo que la flanqueaban. En ellos se sentaban las modistas, como pájaros posados en la rama de un árbol. Ni mesa ni bancos tenían aristas, de puro antiguos que eran. La madera tenía un tacto suave, tanto que se antojaba blanda. Al cabo de un instante de inactividad previa al comienzo de la jornada, se oyó el carillón del reloj de pared. Primero, las notas de la abadía de Westminster, un clásico en los relojes de su tipo; luego, los cuatro cuartos. Finalmente, las nueve

campanadas. La sonería tenía un lustre desgastado, cansino. En vez de medir el tiempo, lo dilataba. Los carteles de antiquísimas corridas anunciadas como imponentes, excelentes o monumentales, resultaban patéticos comparados con la certeza de que nadie se acordaba de los hechos extraordinarios que anunciaban. Sus esquinas abarquilladas y las chinchetas deslucidas que los crucificaban contra las paredes permitían suponer que nada de lo presagiado se hizo bueno. Por aquí y allá, varios diplomas certificaban firmas borrosas y filigranas descoloridas de reconocimientos a los méritos profesionales de una dinastía de artesanos de las manufacturas taurinas.

Hacía mucho que nadie les hacía caso.

Esa mañana, el maestro no respondió al saludo de Ana, ni al del resto de sus empleadas. Aquel, grado superlativo de los del selecto gremio de artesanos de la indumentaria taurina, miraba de reojo a su madre. Dudaba si decirle o no algo.

La señora Victoria era la dueña, la maestra. Hablaba poco.

Todos estaban acostumbrados a su pulcro cabello blanco, recogido en un moño tirante, al luto eterno de sus vestidos, a su mirada penetrante algo fatigada y a ese gesto de resignación melancólica propio de los ancianos. Olía a agua de rosas. Su hijo, a polvos de talco. El estatismo de ella estabilizaba su aura aromática; el dinamismo de él llevaba su fragancia de un lado a otro.

Las nueve de la mañana de ese día no presagiaban nada bueno. Los mudos monólogos de madre e hijo invitaban al silencio. Incluso sus olores respectivos estaban alerta.

El maestro no toleraba la distracción, el ensimismamiento desmayado de la obrera que soltase la aguja; mucho menos, la charla inútil. Sobrevivir a la calamidad era un milagro. Mientras la opulenta minoría disponía, incluso, que co-

sieran grandes bolsillos en sus sudarios, los demás no sabían qué sería de ellos si perdían el empleo.

En ese tiempo, era muy importante cualquier cosa que aligerase el espíritu de los desesperados. De ahí el mérito de la fiesta nacional, la que quitaba el hambre y las penas, la que movía a obreros indigentes a empeñar sus colchones de lana. Por otro lado, los implicados en ella, ya como espectadores o protagonistas, eran muy exigentes. En lo que al taller se refería, respuntes flojos que diesen lugar a un desgarrón al usar la espada, o un hombrillo mal rematado que dificultase la ejecución de un natural, podían tener fatales consecuencias cuyo último capítulo lo protagonizaría un cirujano nervioso, apremiado por la orgía de la sangre derramada. La culpa del sastre y la de su familia y ancestros sería proclamada entre blasfemias, sin posibilidad de redención.

Ese día, uno cualquiera que tampoco lo fue, el maestro caminaba nervioso de un lado para otro. Llevaba en sus manos algunos patrones de cartón, que deberían forrar sus modistas con vistosas sedas. Se encaminó hacia su madre. La señora Victoria, sentada en su mecedora, se balanceaba levemente. Saber si canturreaba, recitaba o rezaba dependía del ritmo, de la cadencia, incluso de la furia de su bisbiseo. A veces, recordaba agravios del pasado. Los replicaba con fluido verbo interior del que solo escapaba alguna palabra suelta, severa.

La señora Victoria sostuvo la mirada a su hijo, pero parecía mirar a su través.

—¡Mamá, no puede ser!

La anciana guardó silencio. La escena olía a agua de rosas y a polvos de talco.

Al poco, el maestro volvió sobre sus pasos. Disimuló su disgusto fingiendo supervisar a las obreras. Sus manos delicadas, pequeñas y femeninas, hablaban por él. Estiraba los

dedos. Durante un instante quedaban tiesos como si, inmediatamente después de haberle pisado el pie un elefante, se estuviese pensando cuándo dar un enorme alarido. Luego, ese grito silente se transformaba en puños delicadamente apretados. Eran puños de súplica.

El ligero ruido de la calle se alegraba con el gorjeo de los pájaros y con los gritos de los chiquillos que jugaban de camino al colegio.

La filosofía del maestro era sencilla. Celoso valedor de la máxima transmitida de padres a herederos, «da confianza a tu empleado y cuando necesites algo de él te dirá: “¡Hazlo tú!”», se comportaba como exigía la defensa del capital.

La señora Victoria, dueña del negocio por razón de viudedad, tenía su propio estilo. No es que se afanase en conversar sin ton ni son, cosa que nunca hizo, pero observaba el comportamiento agradable de quien mandaba sin imponerse, convenciendo y consultando. Excepcionaba la regla con algún proveedor ladrón, con la gente mala en general y con su propio hijo, cuando las ínfulas le nublaban el entendimiento. Con el paso de los años, la señora Victoria fue perdiendo el recuerdo de lo inmediato. Si alguna de sus obreras cogía un ligero resfriado, le preguntaba durante meses seguidos si se encontraba mejor. Pero si la informaban de una calamidad familiar, como la muerte del padre o del hermano, se compungía muy sentidamente y olvidaba el suceso.

De vez en cuando, se levantaba de su mecedora para encender un enorme receptor de radio en forma de panera que estaba sobre un aparador. Lo hacía para agrandar, para dar ambiente, pero las obreras quedaban saturadas de oír, una y otra vez, el repertorio de música clásica de Radio Nacional. Solía comenzar con «La barcarola» de *Los cuentos de Hoffmann* de Offenbach. La señora Victoria, exhibiendo su más tierna sonri-

sa, complacida con su propia iniciativa, miraba benévola a las modistas y, sin esperar respuesta, retornaba a su mecedora; luego fijaba su atención en un punto del infinito mientras balanceaba su luto, su silencio y su pequeño cuerpo. Como gran señora extremeña que era, el gracejo de su entonación y algunos de sus dichos se mezclaban con su aura. Así era la vida en el taller.

A medida que la faena se prolongaba, a Ana se le encogían el ánimo y la disposición. Le sudaban las manos y, como ya no había por dónde coger la aguja para ensartar las lentejuelas, recurría a su truco habitual. Como quien no quiere la cosa, hacía rodar la aguja por el suelo ayudándose de la suela de su zapato. Así, al impregnarse de tierra y del polvillo de la tarima, su aprehensión era más fácil. La durabilidad del carísimo material, el sagrado y escaso acero alemán con el que estaban hechas, se comprometía con esta práctica. Había que tener cuidado. Bastante padecía el maestro con los destrozos de alguno de los materiales, especialmente el hilo de oro, que desde hacía más dos meses venían sucediéndose. Una fuerza maligna y clandestina se aplicaba a cortarlos, a morderlos sin ton ni son. El maestro contaba las pérdidas que obligaba a la imperiosa reposición del material, entre lamentos y maldiciones.

Estando Ana en esa praxis proscrita y tantas veces censurada, sintió a su espalda el olor a polvos de talco. Percibió, sin necesidad de verlo, el vuelo de las solapas perfectas de un traje cruzado, el resplandor del fijador y la cercanía de un bigotillo, listo para tensarse con la severa admonición. Dudó. En el taller, las reprimendas eran cosa seria. No se perdonaban los pecados industriales setenta veces siete, como el Evangelio refería de los humanos. Sintió vértigo. Viose perdida. Quizás esa fuera la gota que desbordaría el vaso y allí estaba ella, menando un cáliz lleno de faltas en el que no cabía otra más.

En ese trance, sonó el timbre.

Tan silencioso y oloroso como vino, el maestro se alejó para abrir la puerta. Recibió con simpatía y poca ceremonia a Periquito. Tan tierno diminutivo respondía a la filosofía de los motes: al pequeño se le llamaba grande, al grande, pequeño, al sucio, limpio y al limpio, sucio. En este caso, su sobrenombre no se burlaba de sus méritos pasados. Periquito era un ser extraordinario en lo que a su tamaño superlativo se refería. No en vano, el picador retirado, acompañado del machaca, apenas cabía por la puerta. La enormidad de su figura nada tenía de metafórico. Periquito preguntaba jovialmente por el curso de las manufacturas, las cuales terminaban convergiendo en otro taller distinto y principal, que era el responsable último de que el torero y su cuadrilla se vistieran con la distinción propia de los de ese gremio, singular en todo. El maestro, a su vez, pedía respuestas. Cada cual, según su responsabilidad, daba cuenta de su labor:

—¡Maestro, lo mío está listo!

—¡Maestro, lo mío también!

Y así hasta que alguien, invariablemente, colocaba la china en el zapato. El maestro, que no era mala persona, torcía el morro y reclamaba, con las cejas levantadas, que la cosa se solucionase. Su frase solía ser: «¡Vamos, vamos!».

Periquito, habituado al concierto, sonreía. Miraba a todas las modistas y a ninguna. A un hombre de su tamaño, se le debía antojar poco una sola persona como pareja. Aquellas, lejos de ser descaradas como en las zarzuelas, resultaban extremadamente modosas, lo cual, dependiendo de la cualidad del galán, servía de acicate o justo de lo contrario.

Que fuese primavera en Madrid no quería decir que hiciese calor. El relente matinal era aún notable. Muchas de las modistas acudían al trabajo con abrigo. Cada cual colgaba el suyo en el cuarto de los trastos, una dependencia contigua a las dos salas principales. Aquel era tan rancio como su entorno,

más si cabe. El perchero era una sencilla hilera de bolas de madera clavadas en la pared. Del techo colgaba una única bombilla de luz, tan triste que no merecía la pena encenderla. En la pared opuesta a la de la entrada, había una estantería antiquísima. Tenía las baldas curvadas, bien por la mala calidad de la madera, bien por haber soportado en un pasado lejano un peso superior al que pudieron resistir y del que, también hace mucho tiempo, fueron indultadas. Tan solo los carretes con el hilo de oro asomaban su reflejo en la penumbra. En una de las baldas, quien así lo hubiera observado se habría percatado de que, desde hacía unos pocos días, había un plato de loza lleno, casi a rebosar, de sopas de leche, una especie de manzana olvidada del paraíso que todos sabían que no les devolvería la inocencia si pretendían desandar el camino de la curiosa Eva y el abúlico Adán. Aquel plato no excitaba más curiosidad que la propia de las tripas. Estas llamaban al dueño haciendo ruidos. Pero, más que diálogo de sordos, eran los monólogos corrientes de la posguerra. Las tripas pedían ayuda y su dueño, impotente, se desentendía. El hambre fue la enseñanza que más fácil se aprendió de los políticos y sus discursos. Cuando desapareció el humo de los escombros, los supervivientes aprendieron una gran lección colectiva. La patria común del género humano era el estómago, la parte del cuerpo que explicaba lo que era la política, como los ojos eran al amor o el corazón al sufrimiento.

El grato olor de la leche, recién comprada en la vaquería, evidenciaba su frescura. La acompañaban succulentos trozos de pan que flotaban blandos e hinchados como rocas suaves, refugio imposible de naufragos llamados a morir ahogados en leche. El conjunto se completaba con unos toques de canela espolvoreada, como si fuesen cenizas exquisitas dispuestas por un cocinero artista. Para Ana y las demás, el correr de las horas, el brillo de las lentejuelas, las miradas del maestro, la aguja des-

lizante y el dolor de espalda se difuminaban en ese sueño ondulante. Un día, Ana acercó su nariz al plato. Se dijo que solo quería confirmar que el de sopas de leche estaba fresco. Así de resignada era la vida de la mayoría. Estando aplicada a tan fútil consuelo, la señora Victoria, más silenciosa que la sombra de una hoja, la abordó por detrás. Por encima de su hombro y sin dejar de mirar ambas al plato, le susurró al oído:

—Es para la rata.

Luego, sonrió y se fue. El maestro, al cabo de un rato de pasear, de dejar su rastro de olor y el de sus dedos tiesos convertidos en delicados puños parpadeantes, se encaminó hacia su madre. Sin duda, su discurso debía ser expresivo y lo ensayaba con dolor. Más que un choque de trenes, parecía avvicinarse la embestida de todo un convoy contra una montaña, ambos perfumados. El ceño fruncido, un discreto murmullo, alguna sacudida de cabeza acompañada de balanceo, y al final todo quedó reducido al reiterado:

—¡Mamá, no puede ser!

La señora Victoria, esta vez, no miró a través de su hijo como si fuese transparente; contestó con suave autoridad:

—En mi casa mando yo, y sé cómo gobernarla.

El hijo quedó desalentado. Repasó el deber de paciencia filial con la chochera materna y se representó la gran recompensa, inmaterial, que el Evangelio anunciaba para el hijo bueno y prudente. La señora Victoria no consoló al afligido, ni quitó hierro al asunto, fuera cual fuese este. Enseguida volvió a encerrarse en sí, como un caracol al que un niño travieso hubiese tocado los ojos. A los pocos días, todos pudieron ver que era la anciana quien llevaba personalmente el plato de sopas de leche al cuarto de los materiales. A su regreso, nadie hizo preguntas. Su hijo, menos. Las fragancias de ambos no se cruzaron. No ocuparon el mismo espacio.

Al lamento por el derroche se unió el mudo terror colectivo que se produjo cuando todos vieron a la rata por primera vez. El maestro pasó del sufrimiento al espanto. La rata, liberada por su madre de la maldición de Midas, cambió su dieta. El descaro con el que el bicho deambulaba por la balda de la estantería resultaba sobrecogedor, no digamos su amistad con la señora Victoria. Pasaron algunos días antes de que aquella diera un nuevo paso por la vereda de la demencia. Como si se tratara de un niño que buscara que otros participaran de su travesura, animaba a todos a acercarse para contemplar el espectáculo. La rata, con su pelo enhiesto y un repugnante rabazo rosáceo, se introducía completamente en el plato. Salía de él, ebria de leche, canela, azúcar y pan frescos. Grandes gotas blancas pendían pesadamente del pelo que la recubría. Concluido el festín, sus ojos inanimados dirigían una fría mirada a su público. Sin prisa alguna, retornaba a la misma oscuridad de la que surgía por ensalmo. La señora Victoria se ocupó de las presentaciones:

—Es la rata.

Ocasionalmente y, aprovechando el letargo de la anciana junto con la ausencia coyuntural del maestro, Amador —el cerrajero—, vecino del inmueble, tan aficionado a los toros como incapaz de acercarse a uno de ellos, amenizaba las veladas con la explicación chulesca de sus últimas peripecias. Joven, espigado, irresistible según él mismo, regalaba a cada modista su sonrisa de medio lado y el guiño correspondiente. Confirmado que el maestro estuviese ocasionalmente ausente y la señora Victoria en su mundo de vaivén, las modistas lo dejaban todo, pendientes de las historias del verboso galán. En esta ocasión, contó cuál fue la última visita del Gorila: a las tres de la madrugada, mientras dormía plácidamente en el hogar paterno —lo de casarse era decisión que exigía reflexión, inflexión y genu-

flexión—, su amigote, poniendo voz de pito para imitar la de una mujer, comenzó un severo discurso:

—¡Sinvergüenza, lo que me has hecho! ¿Qué pasó con mi honra y tu promesa?

Algunas de las modistas se reían ya y otras esperaban boquiabiertas a ver en qué quedaba la cosa. Amador, gustándose, hacía las pausas que la tensión requería. Explicó que bajar fue su única opción. O lo hacía, o el escándalo iría a más. La noche discurrió según lo previsto y, luego de animarse con algunos vasos de vino, anduvieron ambos toreando los pocos automóviles que circulaban a esas horas por las calles de Madrid. La faena terminó abruptamente cuando el puño de un conductor, ofendido por la burla, fue a dar en la jeta del Gorila, que quedó descalabrado y medio inconsciente. En el Equipo Quirúrgico tuvieron problemas para entender a la pareja de borrachos. Finalmente, en el parte que hubo de remitirse al juzgado, dado su origen violento, constó esto: «Herida contusa y equimosis en pómulos derecho. Etiología confusa. Posible respuesta a vejación». Amador leyó la copia vocalizando desmedidamente, como si cada sílaba fuese una palabra. El auditorio, ignorante de qué quería decir aquello, se puso en lo peor. Algunas ya estaban listas para santiguarse cuando, tras una breve pausa, privó de todo dramatismo al suceso con un simple gesto. Aún tenía cuerda para rato pero, al percatarse de que la señora Victoria volvía al mundo de los vivos, se disculpó cortésmente ante ella y luego de elogiar su belleza y sobria elegancia sonrió a las modistas, les guiñó un ojo, se dio un ligero toque en la sien usando dos dedos tiesos de la mano derecha y giró sobre sus talones como si estuviese bailando un chotis sin salirse de la baldosa. Luego, muy derecho y caminando al son de un pasodoble inaudible, enfiló la puerta, listo para dar una gran vuelta triunfal a su ruedo cotidiano, ruedo sin toros, ni miedo. Amador era un

perfecto histrión. Cualesquiera de sus historias resultaban interesantes por la forma que tenía de referirlas. Solía presumir de que, comenzada una en el vagón del metro, los pasajeros, convertidos en devotos oyentes, solían esperar a que concluyera su relato sin importarles pasarse de estación.

Transcurrieron dos semanas desde que Ana viera por primera vez a la rata. Entraban en la tercera. Cuando, unos minutos antes de las nueve, se acercó con su abrigo para colgarlo en el perchero, sintió la proximidad de la señora Victoria. La anciana se presentó con el plato de sopas de leche, pero esta vez no hizo lo de costumbre. Luego de posarlo amorosamente en la balda, no se dio la vuelta. Ana la observó con curiosidad. Percibió un ruido poco definido. Venía del ángulo oscuro de la estancia. La señora Victoria alargó el cuello hacia el lugar del que provenía el rumor y miró con intensidad en su dirección. Poco a poco, la vibrante silueta de la rata se definió del todo y, plantándose frente a ellas, giró con desfachatez su cabeza. La señora Victoria la miraba embelesada mientras el bicho se sumergía en su festín y, sin más ni más, se puso a canturrear algo parecido a una nana. Las campanadas de la abadía de Westminster empezaron a sonar en el taller. Su voz, bien entonada, temblaba ligeramente al hacer el vibrato. La anciana movía su cuerpo de un lado a otro, balanceándose suavemente. El reloj dio los cuatro cuartos. Llevaba ambos brazos hacia su larga falda, cuyo vuelo acompañaba el gesto rítmico. Solo fugazmente se giró. Ana sintió, por un instante, su mirada fría. Comenzaron a sonar las nueve campanadas. Entonces, con sorprendente agilidad, la señora Victoria levantó del todo el vuelo de su falda y agarró a la rata por el rabo, evitando así el contacto directo con su piel. Alzó el brazo por encima de su cabeza haciendo con firmeza al animal y lo bajó presto, golpeándolo brutalmente contra la estantería. El sonido del tiempo acompa-

ñó el desenlace. El voluminoso cuerpo del bicho quedó inerte, pendiendo de la mano de la anciana. Al poco, lo soltó. Mientras se sacudía haciendo un gesto de repugnancia, se volvió a Ana y dijo:

—Hace un rato que son las nueve.

Ese día, viernes 3 de abril de 1942, Salva tampoco conseguiría soñar con la bicicleta de sus deseos.